

Don Quinto aguzó los oídos: sí, el llanto salía del 5° C. El salón de la señorita Martha. Era un llanto lastimero. El llanto de una criatura. De una pobre criatura. La señorita Martha ha dejado a una alumna con llave, pensó, mientras iba hacia el último salón del pabellón de primaria del Independencia. El llanto se intensificó. Pobre criaturita, estaría asustada de estar solita.

-Ya voy, niña, no te asustes –dijo el guardián, yendo lo más rápido posible que le permitía su baldado pie izquierdo.

¿Cómo pudo la señorita Martha olvidar a una alumna dentro del salón? Seguramente por salir apurada. Quizá tendría su cita con el psiquiatra. Mañana la directora la iba a mandar de frente a inspección. Era bien fregada la enana.

Otra vez el llanto.

-Ya voy, niña, no te asustes, ahorita te abro –dijo, buscando la llave del 5° C.

¿Dónde diablos estaba esa bendita llave? La niña estaría muriéndose de miedo. Qué tonta la señorita Martha. Olvidar a una alumna dentro del salón. Mañana los padres de familia la iban a linchar. Eran fregados los padres del Independencia. ¿Qué alumna sería? Las más traviesas del 5° C eran Angie, Evelyn, Katy, Ximenita y Luciana. Las niñas terremoto.

-Ya voy, niña –repitió don Quinto, mientras luchaba con la cerradura. Justo ahora la puerta no se abría. En qué momento tenía que malograrse la chapa.

Puerta de mierda. Se acordó que los fluorescentes de ese salón se habían quemado hace tiempo y hasta ahora la asociación de padres de familia no los había cambiado. La niña estaría temblando de miedo en la oscuridad.

¿Y si era una alumna malcriada? Por gusto tampoco se castigaba a las alumnas. Angie era demasiado traviesa, por ejemplo, y Evelyn peor. No sé cómo los soportaba la pobre señorita Martha sin volverse loca. Quién podía aguantar a esos demonios. Pequeñas brujas. Cómo se

burlaban de él, de su pobre pie izquierdo. Don Quinto, usted es el próximo campeón de los cien metros planos, le decían. Usted es como el dólar, don Quinto: sube y baja. Y él callado nomás pensando algún día me las van a pagar, mocosas de mierda.

El llanto se intensificó.

-Ya voy, niña, no te asustes. Un momentito.

La directora se iba a morir de cólera. Era bien fregada *Chichón de elefante*. Fijo que iba a poner a la pobre señorita Martha a disposición de inspección, o esperar a fin de año para declararla excedente. *Pitufa* era capaz de cualquier cosa con tal de quedar bien con los padres de familia. ¿Tenía miedo de que la sacaran igual que a la Caycho? A la pobre ex directora la habían botado peor que a un perro, y eso que ella fue quien gestionó el Plan Huascarán para el Independencia, el comedor para los pobres niños desnutridos del colegio, la construcción del laboratorio y la biblioteca en el pampón adyacente. Pobre señorita Martha. Ni se imaginaba lo que le esperaba el lunes. *Chaturri* era peor que un perro con rabia cuando se enojaba.

Otra vez el llanto.

-Ya voy, niña.

Pobre criatura. Se habría quedado dormidita y cuando despertó en un lugar extraño y oscuro como la boca de un lobo cómo se habrá asustado. De noche el colegio parecía un cementerio. Las alumnas eran quienes daban vida, con sus gritos y juegos, al colegio. Aunque algunas ya se pasaban de la raya.

Al fin la puerta se abrió. El llanto cesó.

-No te asustes, niña, soy don Quinto –dijo, hablándole a la oscuridad y al silencio-. Ven para llevarte a tu casa.

Nadie le respondió. Ese silencio daba miedo. Hasta él estaba un poco asustado. La niña estaría peor. Dio un par de pasos en la oscuridad. Lanzó una maldición al chocar con una carpeta.

-¿Eres Angie?

Silencio.

-¿O Evelyn?

Silencio.

-No te asustes. Seré cojo, pero no como.

Silencio.

-Ven, vamos a tu casa. Tus padres deben estar preocupados.

Silencio.

-Soy don Quinto, el guardián del colegio. ¿No me reconoces?

Nadie le respondió.

Escuchó un ruido por el escritorio de la señorita. ¿Y si era la señorita Martha? Se acordó que la señorita lloraba un montón cuando estuvo mal de la cabeza. De repente había sufrido una recaída. Quizá se quedó a corregir exámenes y el cansancio la venció y se quedó dormida y doña Cristina le echó llave sin darse cuenta.

-Señorita Martha, soy don Quinto.

Nada.

-Soy el guardián del colegio.

Avanzó en la oscuridad hasta la esquina donde estaba el escritorio de la señorita Martha y no encontró a nadie.

Escuchó unos pasos que se alejaban de prisa por el corredor. Diablos, la niña se le había escabullido. Salió del salón, vio una sombra doblando hacia la salida.

-¡Hey, niña, espera!

Salió al patio principal del Independencia. No había nadie. ¿Se habría escondido detrás del quiosco? Llamó sin obtener respuesta. Estaría asustada la pobrecita. Empezó a buscarla. Nada. No había nadie. Se habría escondido por allí. ¿Acaso le tendría miedo? Nadie le tenía miedo a él, al contrario, se paraban burlando de su defecto. Quién iba a buscar habiendo tantos salones, tantos sitios donde esconderse. De repente había subido al segundo piso o escondido en los jardines.

¿Y si avisaba a la directora?: la señorita Martha ha dejado olvidada a una de sus alumnas. ¿Y recién a estas horas me avisa, don Quinto? Es que recién me he dado cuenta, señora directora. Pero si era una alumna, ¿por qué no habían venido sus padres a buscarla? Fijo que era la señorita Martha. Tal vez se había tomado un diazepam para calmar sus nervios y se pasó de dosis y se quedó dormida. Pobre señorita Martha. Quién aguantaba a sus alumnas sin volverse loca.

Escuchó otra vez el llanto. Un llanto sordo, contenido. Aguzó los oídos. Ahora lloraban en el baño de profesoras. Sí, de allí salían los gemidos. Fijo que era la señorita Martha. Se quedó corrigiendo los exámenes trimestrales, el cansancio la venció, se quedó dormida, despertó en la oscuridad, se asustó y vuelta su ataque de nervios. Fijo que era ella, por eso ningún padre de familia había venido a buscar a su hija. En casa de la señorita estarían pensando que había ido con sus colegas a alguna reunión y ya llegaría en cualquier momento. Era fin de mes. Estarían celebrando los cumpleaños del último mes.

-Ya voy, señorita Martha.

Se dirigió al baño de profesoras. Uff, cansaba caminar. ¿No sería mejor dar aviso a la directora de una vez? Podría meterse en problemas. De repente la señorita Martha lo acusaba de algo, o algún padre podría reclamar si veía salir del colegio a la señorita a esas

horas. Con que don Quinto tenía su jale, ¿no? Bien guardadito se lo tenía lo de la profesora, don Quinto. Pero mejor no, *La pequeña Lulú* era bien fregada, ahora que estaba a cargo de la dirección se le habían subido los humos. Mejor que la señorita Martha se fuera a su casa solapita nomás para que la enana no la pusiera a disposición de inspectoría.

-Señorita Martha, soy don Quinto –llamó desde la puerta de los servicios.

Nadie le contestó.

-Para acompañarla a su casa, señorita Martha. Su familia debe estar preocupada por usted. Ya es bien tarde.

Escuchó que orinaban.

-Señorita, no estoy jugando. Se va a meter en problemas con la directora. Usted sabe cómo es *Pitufa*.

Nada.

-Voy a entrar, señorita, así es que súbase el calzón.

Menos mal que allí sí había luz. Buscó en los compartimientos pero no encontró a nadie. Mierda, la señorita se estaba pasando de la raya, está bien que uno sea cojito, pero por eso nadie tiene derecho a burlarse de su semejante. En una taza había restos de sangre. Agg, encima de loca, la señorita era una cochina. Tiró de la cadena y salió de los servicios.

Lo mejor sería avisarle a la directora antes de meterse en serios problemas.

Estaba bajando por la avenida Latinoamérica, cuando vio a un grupo de personas por la altura de la Curva del diablo. Eran los profesores. Fijo que se habían ido a bailar y chupar marginando a la pobre señorita Martha. Con razón estaba un poco mal de la cabeza. Ella también tenía derecho a bailar, a tomar, ¿no?

Cuando estuvo a un par de metros del grupo, reconoció a la profesora del 5° C. La señorita Martha estaba mareada y reía feliz.

-¿A dónde va el futuro campeón de los cien metros planos a estas horas? –le dijeron a modo de saludo.

Dijo que a la farmacia porque le dolía un poco el estómago.

-Lo que a usted le hace falta es un diazepam de un millón para que duerma rico, futuro campeón.

Don Quinto se limitó a sonreír y continuó su camino arrastrando su pie izquierdo. Hasta sus oídos le llegó la risita burlona de la señorita Martha.

